Cuando la crisis se vuelve una constante, cuando la sociedad siente su amenaza de forma permanente no es sencillo perseverar. Tras reconocer esta difícil situación, se expone aquí una cuestión fundamental: si uno se define como educador y comunicador, le corresponde cumplir su tarea en cualquier circunstancia. La permanencia, dicho esto, se explica por el compromiso con la educación y la promoción y acompañamiento del aprendizaje. Por todo lo cual estas palabras son, en esencia, un gesto de reconocimiento a la labor incansable de los egresados de la Especialización en Docencia Universitaria.

PERSEVERAR EN NUESTRA TAREA

Apreciadas colegas, apreciados colegas.

En octubre del año pasado, con motivo de la inauguración de la séptima promoción de la Especialización, pregunté a quienes se inscribieron algo que todavía merece ser preguntado: ¿se puede saber qué hacen ustedes aquí?

La interrogación tenía y tiene todo el sentido, si se piensa en el contexto del país, con todo lo que significan estas crisis nuestras que ya no lo son, porque constituyen una realidad permanente en la cual nos veremos envueltos por muchos años. Cuando todo cruje en la nave de la sociedad, no es sencillo mantenerse en los puestos de trabajo, toda tormenta anticipa de alguna manera el naufragio y en ese horizonte la tendencia es buscar cualquier salida o a entregarse a la desesperanza.

Sin embargo, nuestros colegas estaban allí y ustedes están aquí. En estos meses fuimos testigos del esfuerzo de cada una, de cada uno, para terminar sus textos paralelos, para rendir sus coloquios, para sacar adelante la carrera sin ceder a la tan presente tentación del abandono.

Además del enorme valor humano que todo esto tiene, de enorme valor humano de todos y cada uno, todas y cada una de ustedes, pasa a primer plano lo que significa el intento de mantener vivo el sentido de nuestras instituciones. Porque en los casi dos años de trabajo en la Carrera, hemos compartido sin tregua el esfuerzo de pensar, de practicar, de recrear la labor pedagógica.

Hablar de pedagogía, empecinarse en ella en tiempos de tormentas y naufragios, puede aparecer a algún observador, a algún crítico, un lujo propio de seres que no tienen conciencia, o no quieren tenerla, de la situación que están viviendo. Entre el "sálvese quien pueda" y la movilización social para defender los espacios de trabajo y las instituciones, no parecen quedar muchos resquicios para detenerse en cuestiones como la mediación pedagógica, educar para la incertidumbre, educar para gozar de la vida, mediar con toda la cultura, la entropía comunicacional y otros temas que fuimos compartiendo en estos años.

¿No nos habremos dado un lujo excesivo en medio de tales borrascas sociales? ¿No habremos estado actuando de espaldas a tan dura realidad,

cuando dedicábamos horas y horas a la redacción de los textos paralelos? ¿No aparece como un acto de cierta irresponsabilidad andar leyendo y releyendo para pulir el juego de las palabras sobre una página?

Y para colmo se suma a tales desatinos la prédica de nosotros, los coordinadores de esta aventura, sobre la necesidad de detenerse todo el tiempo del mundo en una tarea, sobre la puesta en práctica de aquella máxima del juego pedagógico que dice "no hay prisa", sobre las horas vividas para lograr el interaprendizaje, sobre los dichos de ese señor Simón Rodríguez, tan lejano en la historia.

Si estas preguntas y reflexiones tienen sentido, ustedes y nosotros seríamos una elite abstraída de las condiciones sociales, un grupo de privilegiados incapaz de reconocer los desvaríos de la brújula en medio del huracán.

Hace algunos años, en una de las tantas crisis de nuestra América Latina, me encontré con un querido comunicador y educador, Mario Kaplún. ¿Cómo estás Mario en medio de estos oleajes? Le pregunté. Muy bien, dijo, sigo haciendo lo mismo de siempre; si uno se define como educador y comunicador, le corresponde cumplir su tarea en cualquier circunstancia.

La sabiduría de esas palabras se ilumina aún más con la presencia de ustedes en esta colación, con la acción de ustedes a lo largo de estos años turbulentos. Seguir haciendo lo mismo y seguir creciendo en lo que uno hace.

De lo contrario, ¿quién podrá ofrecer algo cuando nos quedemos con las manos vacías? ¿De qué hablaremos si hemos perdido la capacidad de aprender para seguir diciendo? ¿Cómo promover y acompañar el aprendizaje si anda uno desvalido, sin fuerzas, sin el impulso a la creación, a la escritura, a la interacción?

Ni ustedes ni nosotros somos una elite. Por el contrario, el hecho de estar aquí, de haber seguido haciendo lo mismo en la opción por la educación, de haber insistido en un camino de capacitación, nos sitúa exactamente del lado opuesto en que suelen ubicarse las elites. Porque lo vivido en estos años se explica sólo por el compromiso con la educación, con la tarea cotidiana de promover y acompañar el aprendizaje.

Aquí ha habido una apuesta por sostener y enriquecer la labor educativa, ha habido una decisión de seres adultos de defender los propios espacios desde el quehacer específico de esos espacios. Ha habido y hay una conciencia clarísima de lo que significa insistir en la práctica cotidiana para no ceder, para no perderla, para no dejarla a merced de vientos encontrados.

Ustedes encarnan un tipo de universidad dispuesta a preservar lo mejor de sí, en el sentido de la continuidad de la labor educativa, en el sostenimiento de la profesión contra estas negras mareas que asolan la patria y amenazan la educación. La larga tradición universitaria de creación de cultura, de resistencia a formas bárbaras de hacer economía y política, de persistencia en la tarea de educar e investigar, se continúa con toda claridad en lo que cada uno de ustedes ha hecho en este postgrado y hace en su trabajo cotidiano. No es con

los brazos caídos o con golpes de improvisación como se sostiene esa rica tradición.

La pedagogía, tal como la hemos entendido en estos años de tanto compartir, constituye una forma de resistencia porque quien se empecina en defender los espacios del aprendizaje resiste desde su profesión, desde su ser de educador.

Quiero agradecerles, a nombre del equipo de la Especialización, a nombre de Marta Pisi, de María Teresa Guajardo, de Elsa Cabrini, de María del Carmen Schilardi, de Jorge Hidalgo, quiero agradecerles a todas, a todos ustedes la lección de vida que nos han dado en estos años.

Hemos aprendido de ustedes lo maravilloso que es el ser humano cuando decide seguir adelante, cuando opta por un camino y se mantiene en él, cuando decide con todas sus fuerzas llevar la nave a buen puerto, por más tempestades que la acechen.

Gracias por el interaprendizaje, gracias por la escritura, gracias por tanta energía, gracias por el tiempo de aprender y compartir.

Daniel Prieto Castillo
Mendoza, 2003